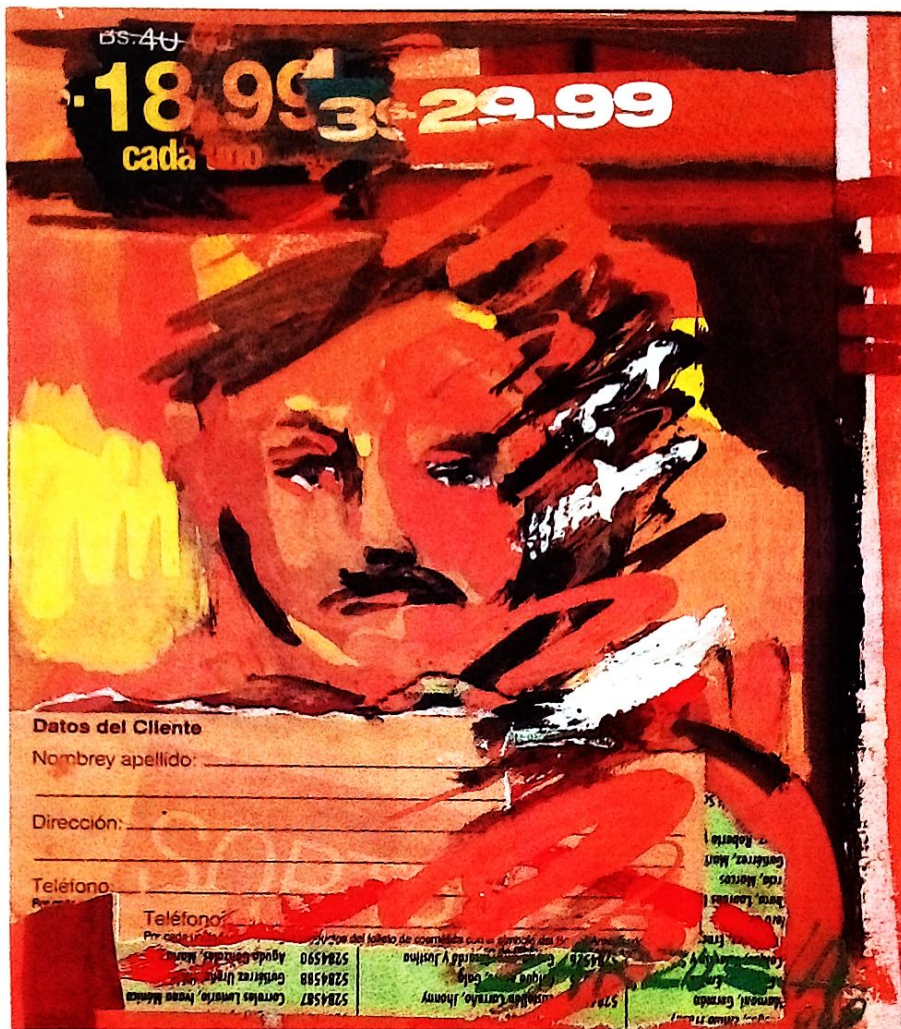


Se le aparece cada quincena



Eugenio Hartzembusch • Stanislaw Jerzy Lec • Pedro Shimose • H.C.F. Mansilla
Federico Monjeau • Elba Mejía • Miriam Montaña • Marcelo Soto • Adolfo Cáceres

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 432 Oruro, domingo 6 de diciembre de 2009





Identidad. Témpera sobre cartón. 30x40 cm
Erasmo Zarzuela Chambi

El águila y el caracol

Vio en la inminente roca donde anida
el águila real, que se le llega
un torpe caracol de la honda vega,
y exclama sorprendido:
—¿Cómo, con ese andar tan perezoso,
tan arriba subiste a visitarme?
—Subí, señora —contesta el baboso—,
a fuerza de arrastrarme.

Eugenio Hartzembusch. España.



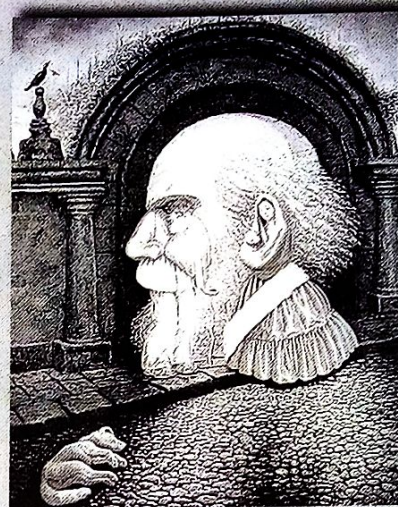
el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*



Pensamientos descabellados

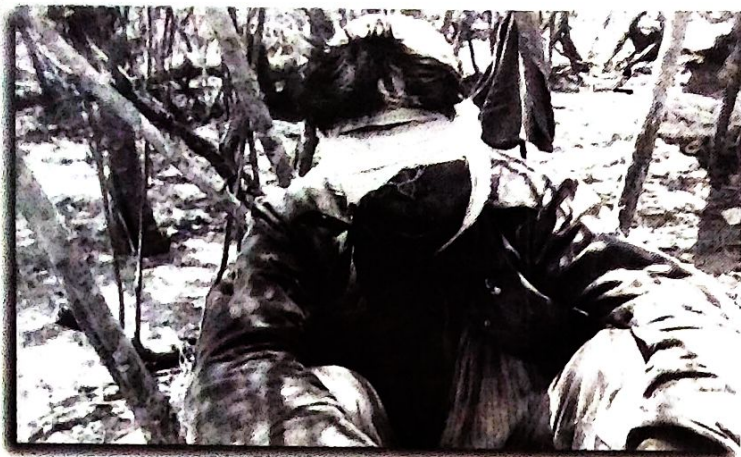


- Con una fila de ceros se construye fácilmente una cadena
- El que está sentado en la cumbre tienen una disculpa: no puede ir más allá
- Terribles son las debilidades de la fuerza
- ¿Cuántos ruiseñores debe devorar una bestia para poder cantar ella misma?
- Hubo salvadores que no pasaron a la historia tan sólo porque les faltó la caridad de un Judas
- No llames las cosas por su nombre si no conoces su apellido
- Si a pesar de todo deben existir los carteles, prefiero "Entrada prohibida" a "Sin salida"
- La lengua llega más lejos que la mano
- Hubiera preferido que David derrotara a Goliat con su arpa
- Las heridas se convierten en cicatrices, pero las cicatrices crecen con nosotros
- ¡Poned en manos de un bárbaro un cuchillo, una pistola o un cañón, pero, por amor de Dios, no le deis jamás una pluma!
- La constitución de una nación debería esta hecha de tal modo que no arruinara la constitución del ciudadano
- Quien olvida fácilmente, pasa mejor el examen de su vida
- Muchos de mis amigos se han convertido en mis enemigos. Muchos de mis enemigos se han convertido en mis amigos. Sólo los indiferentes me han sido fieles
- Me desconcierta el rostro del enemigo porque veo cuánto se me parece
- Preveo la desaparición del canibalismo. El hombre está asqueado del hombre
- Sé realista: no digas la verdad
- Cuanto más profundamente caes, tanto menos daño causas
- Cuando un pueblo carece de voz, se nota hasta cuando canta el himno nacional
- ¿Qué sería del diablo si dejase de creer en Dios?
- Casi todos los monumentos son huecos
- Muchos esperan "la luz roja" para no tener que pasar al otro lado
- Hasta el gallo celebra la aurora del día en que irá a parar a la olla
- Si ignoras su lengua no comprenderás nunca el silencio del extranjero

Stanislaw Jerzy Lec. Escritor polaco

De: El coco se llama Drilo

Viernes de soltero



La mujer lo humilla diciéndole barbaridades y Josecito no es capaz de pararle el carro. "No me hagas esto delante de los cumpas. Por favor, Matildita, luego hablamos..." Ni luego ni nada. La mujer se lo lleva a empujones como si fuera su lloqalla. "Mirá no más a la Rita y al Lorenzo cómo progresan y vos, desgraciado, gastándote la plata en borracheras. De nada te ha valido pelear contra los pilas. ¿Qué has sacado en limpio? ¿Qué te ha dado el gobierno?". Josecito hacía como que la escuchaba, pero su pensamiento estaba en otra parte.

El tereré, el tereré, me gusta el tereré

La pachanga circula por una nube de humo, entre risas y sonido de cubiletes trasnochados. Entra un pordiosero roto, alto, de barbas pluviales. Con un bordón en la mano venía tentando el aire y de la otra tiraba de la correa que servía de freno a un perro lazarillo.

Altivo en su indigencia, el mendigo se planta en medio del bar y su vozarrón silencia el tereré y se quiebra, descendiendo y vuelve a elevarse hacia mundos invisibles. Sus pupilas de ciego parecen mirar al infinito cuando recita a un poeta quechua.

*¿Ima phuyu jaqay phuyu
yananaspas wasaykamun?
Mamaypaj waqayninchari
paraman tukuspa jamun*

El zampalimosnas pasa el sombrero, "su voluntad, caballeros, su caridad". Los mendigos están por todas partes. Un día de éstos van a tomar por asalto los restaurantes, almacenes, mercados y cantinas. Ya los veo engullendo hamburguesas y perritos calientes, manchando las paredes con mostaza y salsa de tomate, regando las calles de la ciudad con chorros de cerveza en un estallido de botellas, vasos y latas, y deslizándose por oscuras acequias de café humeante.

Piensa en la noche del viernes de soltero y en el partido de fútbol del domingo. Volverá a reunirse con sus amigos. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo volvería a jugar unas partidas de generala, comería su fricasé con unas cervicetas bien heladas y la Matilde volvería a buscarlo para zarandearlo y quejarse de su

mala suerte, "sólo penas has sabido darme, incapaz, no tengo qué ponerme, así me tienes, como una pordiosera..."

La Matilde lo celaba con las fiatitas del Ministerio, con las birlochas de la esquina, con esas mujeres de mala vida que persiguen al Josecito para desplumarlo, porque Josecito desaparece

los viernes y no regresa hasta el lunes.

Vuelve mudo, cabizbajo y mal vestido. Se arma la bronca, Josecito se calienta y por no llegar a los sopapos huye de casa y no para de correr hasta alguna quinta. Allí se reúne con los desgraciados de siempre, a jugar al sapo y a tomarse un respiro entre risas y chismorreos.

Aquel lunes no apareció el Josecito por su casa, el viernes lo botaron de la pega. Sin protestar, como siempre, sin lamentarse de nada, como siempre, Josecito se despidió, como siempre, con un simple "chaucito" y abandonó la oficina para ir a contemplar el esqueleto de un rascacielos en construcción. Se coló como pudo en el edificio y, desde el último piso, contempló la llegada del alba. La luna menguante brillaba en un cielo deslumbrado por la claridad del nuevo día.

La ciudad despertaba y se ponía en movimiento. Miraflores con sus vientos, Sopocachi con sus colinas roturadas por las lluvias y Villa Victoria con sus techos mojados de rocío. En un cuartucho estaría la Matilde, roncando a pierna suelta, entre sueños rotos y amargas decepciones. Al Josecito se le aguaron los ojos porque él ya no podía hacer nada por cambiar su mala suerte.

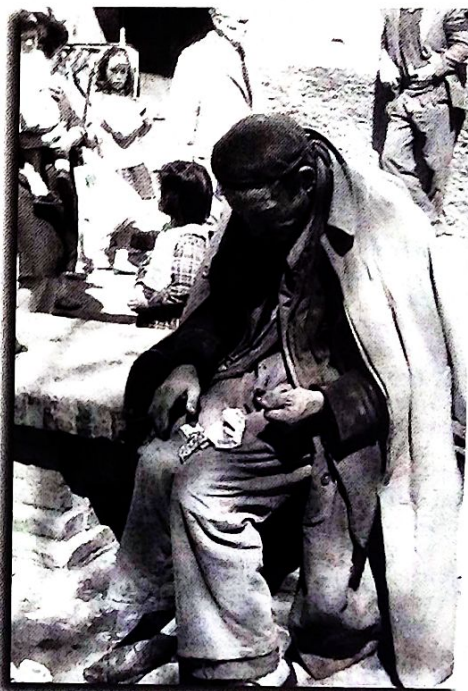
Lo obligaron a firmar su carta de renuncia y lo echaron como a un perro, sin darle explicaciones. Algún resentido debió irles con el cuento de sus desventuras y malandanzas por esos bares donde el Josecito desahogaba sus penas, se emborrachaba y se ponía a berrear como un vulgar jeremías, pero los informes del Gobierno hablaban de conspiraciones y mientras la calumnia tejía un cuento político, Josecito, solo y triste, ni siquiera comprendía la ingratitud de los humanos. Pudo mover una palanquita por aquí, una influencia por allá, pero no hizo nada, como siempre. "¿Para qué luchar contra el destino?", se dijo y la pregunta sin respuesta lo condujo a las trincheras del Chaco, junto a otros indios y cholos muertos de hambre y sed. Tampoco se acordaron de su coraje en la Gloriosa del cincuenta y dos, ni tomaron en cuenta sus servicios a la Nación, sus condecoraciones y medallas

que lucía con orgullo durante los desfiles patrióticos. Un dolor agudo sacudió su brazo izquierdo como un latigazo y sintió que su pecho le estallaba. "Ya no hay chance para un hombre acabado", pensó, sintió que el mundo era un lugar insoportable y se lanzó al vacío.

Sus compañeros reconocieron el cadáver. Le faltaba un zapato. En sus bolsillos encontraron un ajado billete de lotería y un pañuelo sucio. Cuando la Matilde verificó las pertenencias del difunto no pudo contener su alegría. Al Josecito le había tocado el premio gordo.

(Según la OMS, cada día hay ocho mil suicidios fallidos y mil suicidios efectivos en el mundo. El de José Mamani era efectivo.

Los otros no los conocemos todavía.



Pedro Shimose. Riberalta, 1940.
Poeta, narrador, ensayista, periodista,
dibujante y compositor.



H. C. F. Mansilla

Recordatorio de Roberto Prudencio

Ya en la época escolar conocí al filósofo Roberto Prudencio (1908-1975), padre de mi entrañable amigo Ramiro. Don Roberto provenía de una familia tradicional de La Paz y representaba fielmente al intelectual de su época, que tenía un pie en el pensamiento filosófico y otro en la acción política. Estuvo bajo la influencia de Nietzsche, Heidegger, Sartre y el vitalismo alemán. En 1944 fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Andrés, donde fue decano y ejerció la cátedra por largos años, con las interrupciones que traía consigo el ejercicio de la política. En 1948 fue candidato al rectorado de esa universidad contra mi padre. Estuvo vinculado a pensadores nacionalistas como Franz Tamayo, Carlos Montenegro y Fernando Diez de Medina, pero desarrolló en forma autónoma su pensamiento telurista, del cual fue el máximo exponente filosófico en Bolivia. El mayor mérito de Prudencio reside en postular un indigenismo moderado, sin los elementos estético-religiosos de Diez de Medina, pero con mayor énfasis en los aspectos sociales y políticos. La plena integración de los indígenas a la vida nacional constituía la demanda central de su programa. Al mismo tiempo Prudencio propugnaba un reconocimiento más amplio del mestizaje, cuya amplitud e intensidad no había sido reconocida por la Bolivia "oficial". En contra de las poderosas corrientes racionalista, positivista y liberal, Prudencio, con entera originalidad, trabajó por el reconocimiento de la era colonial española y de sus logros culturales. Fue el primero en señalar la importancia y calidad intrínseca del modelo civilizatorio colonial y su importancia duradera hasta el día de hoy. La revitalización de la historia colonial ha representado uno de sus aciertos principales, obra que fue continuada de manera sistemática por José de Mesa y Teresa Gisbert. La historia de las ideas era su materia preferida. Escuchar una conferencia de Don Roberto daba lugar a un verdadero placer a causa de la claridad expositiva, el rigor intelectual y el conocimiento espléndido de la historia de la cultura.

Compartía con Diez de Medina el gesto adusto y serio, las veleidades nacionalistas y la propensión por gobiernos autoritarios y enérgicos. La tradición liberal-democrática no era de su gusto. Pero, al contrario de la mayoría de los políticos bolivianos, desarrolló un

fuerte impulso ético. La moral y la política no podían y no debían estar separadas. Fue diputado afín al Movimiento Nacionalista Revolucionario en 1943-1944, pero rompió públicamente con el gobierno de Gualberto Villarroel por la matanza de Chuspipata (1944), alejándose para siempre de este partido, pese a su estrecha amistad personal con Víctor Paz Estenssoro. Condenó las transgresiones a la ley y a la moral en que incurrieron los partidos y los políticos. Debido a la revolución universitaria de 1954 perdió sus cátedras y puestos, y tuvo que exiliarse a Chile. Su casa fue asaltada y saqueada por las hordas del Movimiento Nacionalista Revolucionario y su biblioteca destruida totalmente. Todo esto ocurrió en presencia de la esposa y los hijos de Prudencio. Fue algo que me tocó de cerca y me entristeció durante mucho tiempo. Durante doce años Prudencio ejerció la cátedra en tres universidades chilenas, donde tuvo un éxito resonante. Fue un catedrático excelente en historia de las ideas, filosofía de la literatura y materias afines. Pese a su reputación en Chile, en 1967 decidió regresar a Bolivia, donde incurrió en la política de forma no muy feliz. Lo frecuenté en sus últimos tiempos alrededor de 1974-1975. Hasta el final fue un conversador brillante y ameno.



H.C.F. Mansilla. Bolivia, 1942.
Doctorado en ciencias políticas y filosofía. Miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua.

Federico Monjeau:

El

En un extraordinario trabajo, el s

Antes de entrar en la fascinante investigación proustiana del semiólogo musical Jean-Jacques Nattiez, no estaría de más repasar ciertos puntos de la relación música y literatura, y establecer algunos modos en cómo la primera se ha representado en la novela moderna. Vienen rápido a la mente tres modelos bien diferenciados, lo que por supuesto no quiere decir que no haya otros. El *Dr. Faustus* de Thomas Mann es tal vez el mayor ejemplo de la representación de la música en la novela de ideas; por momentos es teoría musical en estado puro, al punto que para su redacción Mann solicitó la ayuda del filósofo y compositor T. W. Adorno. Para decirlo en dos palabras, en el *Dr. Faustus* se trata de mostrar cómo la historia de la música y la historia de Alemania se inscriben en una sonata de Beethoven o en una invención técnica de Schoenberg.

En las antípodas de ese modelo crítico objetivista se define la dimensión musical del *Ulises* de Joyce, que se representa de varias maneras de una punta a otra de la novela pero que se consume en el audaz salto del capítulo 11, organizado como una obertura en la que primero se enumeran los motivos (palabras sueltas, pequeñas frases) que se desarrollarán a lo largo del capítulo sin una lógica narrativa aparente. Podía decirse que si la música se presenta en la novela de Mann como un objeto de reflexión crítica, en el *Ulises* lo hace miméticamente, aunque podría dudarse de si el casi onomatopéyico capítulo 11 constituye el elemento mimético más significativo del *Ulises*; por el contrario, se podría postular que lo decisivamente mimético del *Ulises* no radica en una pseudo música sino en la renuncia a toda generalización, a toda mediación conceptual explícita.

La elaboración musical de *En busca del tiempo perdido* se ubicaría en la tercera punta del triángulo. En Proust la música siempre llega desde la perspectiva del oyente. Su reino es la metáfora, aunque podría hablarse de una metáfora en diferentes escalas; desde las primeras apariciones de la frase de Vinteuil, ante las que la narración persigue figuras esquivas —fracasando hermosamente, por decirlo así—, hasta la metáfora radical que se descubre, por ejemplo, cuando la narración, ya bien avanzada la Recherche (en *La prisionera*), asocia el recuerdo de esa frase musical con la memorable descripción de un paseo en coche por los alrededores de Balbec (que tuvo lugar en el segundo volumen), cuando unos árboles alineados se le aparecen al Narrador como si le estuviesen formulando una acuñante pregunta. En la asociación proustiana, la expresión de la música se asemeja a la de la naturaleza, y nada más hermosamente persuasivo podría haberse dicho a propósito del carácter enigmático de ambas expresiones.

Pero la música, tanto en su forma ideal (las obras de Vinteuil) como en su forma real (dramas de Wagner o cuartetos de Beethoven), constituye una trama riquísima en la novela de Proust, y difícilmente otra investigación la haya captado tan agudamente como la de Nattiez.

Por detrás de los objetos ideales se encuentra un horizonte histórico, que es lo que Nattiez llama el espá-



lenguaje de la sinfonía

emiólogo musical francés Jean-Jacques Nattiez analiza el papel imprescindible que desempeña la música en la obra maestra 'En busca del tiempo perdido' de Marcel Proust



cio poético: "El horizonte a partir del cual el artista, el escritor o el filósofo elaboran su propia concepción del mundo, sus propias ideas, su propio estilo". Y el horizonte musical proustiano es, en rigor, más alemán que francés: no menos que Wagner y Beethoven, la estética de Schopenhauer define el fondo de la Recherche.

Nattiez traza el paralelo Proust-Wagner en más de un frente. No sólo en las citas explícitas o implícitas, sino en la naturaleza de ambas producciones artísticas; es evidente que Proust se identifica con la búsqueda de unidad y con la gran extensión (en la obra misma, como también en la vida del autor) de la empresa wagneriana, que tiene su culminación en la Tetralogía. Pero la novela de Proust también está orientada por un ideal redentor wagneriano, que encuentra en Parsifal su gran coronación. Nattiez reconstruye las referencias a ese drama y en particular al Encantamiento del Viernes Santo en los borradores de El tiempo recobrado (edición Henri Bonnet, 1982), referencias que serán estratégicamente suprimidas en la redacción final de la Recherche, donde lo real se reemplazará por lo ideal. Escribe Nattiez: "A partir del momento en que Proust tuvo la idea de que el absoluto artístico se revelaría al Narrador por el intermedio de una obra musical, y que esta obra sería la amplificación de la misma Sonata que había conducido a Swann al fracaso, no había ninguna razón para conservar, en Le temps retrouvé, una referencia concreta a Parsifal. Era necesario que el Narrador conociera la revelación gracias a una obra de arte imaginaria, pues en la lógica de la novela, una obra real es siempre decepcionante: la aprehensión del absoluto sólo puede ser sugerida por una obra desencarnada, irreal e ideal". Pero hay otro elemento en esta sustitución, que es el partido por la música pura que toma Proust. Agrega Nattiez: "Esta obra debía ser una pieza de música cuyo contenido no fuera transmitido por el lenguaje: en ese sentido, un fragmento de ópera [...] no podía convenir. Y no es casual que, en uno de los esbozos, se lo vea a Proust dudar entre un cuarteto y una sinfonía."

La obra ideal funciona como elemento de revelación y redención. La Sonata había conducido a Swann al fracaso, pues estaba asimilada a su enamoramiento de

Odette, como también al amor del Narrador de Albertina. Escribe Nattiez: "El narrador puede tener acceso a la revelación sólo cuando ha logrado superar las ilusiones del sentimiento amoroso, sobre todo después de la penosa experiencia del beso de Albertine, de la misma manera que Parsifal, después del beso de Kundry, es capaz de asir el misterio del Grail y triunfar allí donde Amfortas fracasó. Parsifal alcanza la comprensión perfecta en el momento de escuchar El encantamiento del viernes santo; el Narrador, al escuchar el Septeto [de Vinteuil]".

Nattiez reconoce tres etapas en la búsqueda del absoluto artístico proustiano, que coinciden con los tres momentos de la comprensión musical en la Recherche: "Al principio, percepción vaga e indecisa, luego Intervención de la Inteligencia razonante que busca comprender la obra en diversas direcciones; por último, elevación de la inteligencia hacia la purificación del contacto con la obra, ya capaz de asir una verdad". Concluye Nattiez: "Si en la última fase el Narrador puede ver en la música el ejemplo de lo que debería ser la obra literaria, no es sólo porque el Septeto reproduce las innumerables preparaciones, reminiscencias y conexiones que deben, según Proust, caracterizar la obra novelesca, sino también, y sobre todo, porque la música constituye un tipo particular de lenguaje que puede servir de modelo a la literatura".

El progreso de la música en la novela y el progreso de la novela misma tienen otro fondo significativo en los cuartetos de Beethoven, que Proust había oído por el Cuarteto Capet en la Salle Pleyell en 1913 y tres años después se los había hecho tocar en su casa por el Cuarteto Poulet, y sobre los que dejará un significativo párrafo en A la sombra de las muchachas en flor: "Son los mismos cuartetos de Beethoven (los cuartetos XII, XIII, XIV y XV) los que han tardado en dar vida y número a los cuartetos de Beethoven, realizando de este modo, como todas las grandes obras, un progreso, si no en el valor de los artistas, por lo menos en la sociedad espiritual, en la que entran hoy ya muchos de esos elementos imposibles de encontrar cuando nació la obra, es decir, seres capaces de amarla. Eso que se

llama posteridad es la posteridad de la obra."

Nattiez detecta la persistencia de esos cuartetos en el plan general de la Recherche: "Aunque el septeto incluya un piano, un arpa, una flauta y un oboe, Proust habla aquí solamente de las cuerdas. Para quien haya oído los últimos cuartetos de Beethoven, las calificaciones de 'penetrante' y 'chillón', así como la 'acritud' parecen verdaderamente pertinentes. El juicio de la posteridad sobre la profundidad de los cuartetos es absolutamente idéntico a lo que se nos dice aquí de las últimas obras de Vinteuil".

En la visión de Nattiez, la presencia beethoveniana significaría a la vez una corrección de la postulación de absoluto wagneriano por su realización en la forma idealizada del cuarteto de cuerdas. La forma "sin materia", para decirlo en los términos de Schopenhauer, cuya estética guía la obra de Proust tanto por la prominencia de la música dentro del sistema de las artes como por la idea de una completa entrega espiritual; la pura contemplación que tiende a librarnos del deseo y, en consecuencia, de un sufrimiento constantemente renovado. Adorno escribió que la Recherche de Proust —a la que su Teoría estética no debe poco— es obra de arte y metafísica del arte, y difícilmente algo revela con tanta claridad la doble condición de la novela como este formidable ensayo de Nattiez que la editorial Gourmet acaba de acercar al lector local en la cuidada traducción de la musicóloga Antonieta Sottile.



Tomado de ñ, revista de cultura, noviembre 2009



Miriam Montaña Némer

Poesía orureña



Elba Mejía Arze

Para Luis Urquieta Molleda "el sufrimiento no es el objeto ni la causa del hombre grande, del artista. Pero es su prueba, el filtro necesario de toda pureza. El arte es la piedra de toque de las tribulaciones. No es el dolor el que crea la grandeza en el arte sino la victoria del artista sobre su dolor. Las poetas Elba Mejía Arze y Miriam Montaña Némer, ratifican aquel aserto expresado en el elluvio de cada verso y la transparencia de sus voces.

Elba Mejía ha publicado los poemarios *Voces y tormentas*; *Surco y letra* y, *Omega*.

Miriam Montaña inscribe sus versos en *Sentires*, *Soluna*, *Acibar* y anuarios de UNPE Oruro.

Miriam Montaña

¡Ay! Dolor

¡Ay! Dolor,
dolor mío
mi dolor.

Cuánto te detesto
cómo me dueles
cuánto sé de esto.

¡Ay! Dolor
dolor mío
mi dolor

Pena de justos
—escrito está—
no es para injustos

¡Ay! Dolor
dolor mío
mi dolor

Salud mía perdida,
¿Dónde yaces o gozas?
¡Vuelve a mi alma herida!

¡Ay! Dolor
dolor mío
mi dolor.

Si está en hado este dolor
—de hinojos al cielo pido—
sea trasmutado en amor.

Como lirio blanco

A mi hijo Miguel Vargas Montaña

Como inmaculado lirio abierto
es tu hermosa sonrisa de nácar
como firmes astros nocturnos
son tus ojos lucientes de luces

Como albor de larga primavera
es tu alma de amor en existencia
como soplo de cielo y de tierra
eres hálito de vida para mi vida.

Ayer...

Apasionado vuelo etéreo
me eleva cuando pienso en ti
y vuelvo al ayer herboroso.

Entre el odio y el amor
sueño contigo en tus ojos
en tu voz que nunca olvido.

Ignífera atracción
de nuestras almas amantes
ha dejado llama que no se apaga.

Te recuerdo y te quiero
te escucho en temas de amor
que los confiero a mi corazón.

No sé si algún día
arrepentido te confieses
y no sé si algún día
verdadera, yo te perdono.

Lejos de ti

Ahora podrás suspirar
por mi ojos que no te verán
por mi voz que no te llamará

Ahora la distancia
—inerte y gélida—
no aproximará mi calor.

Porque tú has dejado
—en extraña cobardía—
mis brazos por viejas cadenas.

Muy lejos de ti...
cerca a liberarme estaré
de oírte, de verte, de sentirte.

Tus lamentos ya no servirán
porque es mi razón
que te abandona
y mi corazón
que se avergüenza de ti.

Elba Mejía

¡Mentira!

No, qué va...

Tú que decías amarme,
nunca me amaste. ¡Mentira!
Mentira que me quisiste
como se quiere a ninguna,
aún yo llevo clavado
aquel puñal que asesina,
y removiste en mi pecho
dejándome el alma herida.

Que si me amaste..., quién sabe;
quién sabe tal vez un poco,
pero quererme de veras
con ese amor que consume
en vórtices y en hogueras,
y ese dolor que redime... ¡Mentira!
así no me amaste nunca,
como que nunca en tu vida
habrás amado a ninguna.

No, qué va...

Tú que decía amarme
nunca me amaste... ¡Mentira!

El adiós

A mi hermano Héctor Mejía Arze †

Al acecho de la última alborada
no fue fácil decirte adiós,
en el conjunto de varias dimensiones
tú te alejabas y me quedaba yo.

Irresoluto mi pensamiento te seguía,
mas tú te ibas y me quedaba yo,
en la abrupta hora ya partías
y la alborada en tinta sangre

llorando acaso te despedía.
Mi corazón latía agonizante
sin saber que era presagio de dolor
el que sentía, y en aquella hora

ya partías, sin el abrazo del adiós
al inicio de tu larga travesía.
Mi alma estaba angustiada,
herida,
mientras tus pasos se perdían

en el eco profundo de misterios,
anudando lágrimas y silencios.

Hoguera

Entre dormida y despierta
vi que la luna lloraba,
tanto que me parecía
que yo lloraba con ella.

En la frontera del sueño
está danzando mi pena,
como si fuera mi dueña
está danzando mi pena.

Hay una hoguera en el cielo
con tintes de sombra y luto,
hay una hoguera que fluye
de aquel rescoldo del tiempo.

Orlada de las estrellas
está danzando la noche,
herida como mi alma
está danzando la noche.

Mi dolor se va aquietando
y en mi corazón herido,
en lenguas de fuego ardiente
está danzando una hoguera.

El cielo se ha encapotado
con nubes que van huyendo,
sólo una estrella me mira
como si fuera mi estrella.

El desierto

Yo viviré en los desiertos
de las miserias huyendo,
y de vez en vez quién sabe,
beberé un sorbo de agua
en el oasis del tiempo.

Yo rugiré con el mar
y bailaré con la brisa
y gemiré con el viento.
Escucharé a los volcanes
que tienen voces extrañas

y que crepitan en lenguas,
en lenguas desconocidas y hurañas.

Tristes Tigres

A principios de los 80, un desconocido Roberto Bolaño, padeciendo su vida catalana, intercambiaba cartas con Enrique Lihn. El epistolario fue vital para el futuro novelista, quien encontró en el poeta una voz crítica que lo ayudó a emerger del abismo.

¿Habrá algo más gris que ser un poeta chileno y vivir en Santiago, a principios de los 80? Quizá sí: haber sido, por la misma época, un aprendiz chileno de escritor, desconocido y hambriento, en una ciudad catalana "de espaldas al culo del mundo". El encomillado pertenece a Roberto Bolaño, quien entonces vivía en Girona, cerca de Barcelona, y está contenida en una carta que envió a Enrique Lihn en 1984. La misiva forma parte de los archivos del autor de *La Pieza Oscura* que hoy se encuentran en el Instituto Getty de Los Angeles, Estados Unidos.

La correspondencia entre Lihn (1929-1988) y Bolaño (1953-2003) representa, en cierta forma, la conexión secreta del nuevo canon de la literatura chilena. Pese a las distancias y a que no se conocían, en las cartas que intercambiaron hace más de 20 años se alcanza a percibir el hálito de una amistad frágil pero imborrable. "No te queridizo ni te estimizo", le responde Lihn a un desesperado Bolaño el 16 de junio de 1981. El futuro autor de *Los Detectives Salvajes* vivía al tres y al cuatro, y estaba a punto de claudicar. Necesitaba, a como diera lugar, una voz de aliento y por eso manda un SOS al maestro.

La respuesta de Lihn fue, sin embargo, de una honestidad brutal. "Por de pronto no puedo dar curso a ninguna de las peticiones... porque no preparo antologías ni otorgo becas, como no sea por un milagro en que conozca el santo". Bolaño había incluido un poema en su carta anterior y esperaba ansioso el veredicto de Lihn, quien sentencia: "Me gustó bastante en algunos versos, y en otros lo encontré desmadejado... el surrealismo ortodoxo ya no se soporta. Hay algo que está bien y algo que no anda".

Junto a las críticas, van noticias locales. "Del joven Zurita se ha hecho demasiado caudal: se ha visto en él a un profeta del peladero; siempre los cabros chicos andan detrás de alguien en quien creer, eso da en las pelotas".

En septiembre de 1982, un año después de la carta en que tachaba los versos bolañianos de un surrealismo añejo, el poeta rectifica. "Por tu carta infiero que puedo haber escrito, previamente, en un tono antipático, puedo haber estado bajo los efectos de una mala racha, me excuso. Acabo de releer tus poemas. Los textos que tengo son muy buenos, pero no sé por qué, algunos de ellos, guardan la ficción visual del verso."

Entusiasmado, Bolaño le envía al mes siguiente nuevos textos. "Espero que no se erijan en una ofensa a la literatura, aunque en ocasiones me temo que poco les falta". El narrador pasaba una época miserable que lo tenía por las cuerdas. Había probado diversos oficios, en tanto que su carrera literaria no despegaba. Así describe su estado en 1982: "Aquí en Girona ha llegado el invierno y la paranoia. Mi situación económica es desesperada. Eso trae neuras y rollos. Pierde uno la paciencia... Sigo viviendo solo, sin chimenea ni cualquier tipo de calefacción y los vientos del Pirineo se meten por todos los huecos de mi casa". Pese a todo, hay espacio para el humor. Y para comentarios cariñosos sobre mascotas: "Población: un hombre, una perra, un montón de gatos. ¡Y llega un virus y me mata a la mitad de los gatos! ¡He tenido que inyectarles suero y antibióticos! ¡El Tono me ha mordido, pobrecito! Absolutamente negro y bellissimo. Se



Roberto Bolaño



ENRIQUE LIHN por G.MO. TEJEDA

llama Tono, de tonalidad. Tono musical y jamás diminutivo de Antonio".

No se crea que el autor en ciernes era de los que viven quejándose. "De vez en cuando suben amigos. Soy escritor, les digo, y no me creen, por supuesto. Hacen bien". Y agrega, sin falsa modestia: "De Chile no sé nada, nada. Completamente fuera de la literatura chilena, y horror, dentro de seis meses cumpliré 30 años. ¿Qué será de mí? ¿Es que seré un Braulio Anguita (sic) del año 2000? Dios no lo permita".

Como en las caricaturas, Bolaño se parece al cachorro que salta de admiración ante las proezas del perro más guapo de la cuadra y quizá eso explica que las cartas del poeta de *Diario de Muerte* sean más breves y espaciadas que las de su impaciente discípulo. Pero Lihn siempre tiene una palabra de aliento, una frase amable, ajena a toda impostura. En febrero de 1983 le cuenta: "He recibido y leído, otrora, cada uno de tus envíos -fragmentos en prosa, versos y desalentadas menciones de tu vida literaria. Tú ya sabes todo lo que te puedo decir al respecto: eres un poeta y un escritor combinados y no te espera nada que te satisfaga plenamente en materia de respuesta a un trabajo que es la soledad misma, a menos que tengas una buena suerte o un sentido de la oportunidad del carajo".

Lihn es un sabueso y avanza donde otros se pierden. "El tiempo y/o factores imprevisibles resuelven por ti en una zona que no ves nunca, situada más allá de tus narices escriturales". Le desea suerte, antes de lanzar una advertencia, que todavía resuena en la provincia de nuestras letras. "Este país, como sabes, está en el ostracismo cultural".

Defendiendo a Neruda

En sus cartas Bolaño entrega flechazos del sentido del humor, el sarcasmo y el don narrativo que lo harían famoso. En una misiva del 13 de septiembre de 1983 cuenta una historia sobre Alejandro Jodorowsky, amigo de Lihn. "Lo conocí en México DF en 1970 ó 71. Yo tenía 17 años y quería ser director de cine". El narrador era entonces "un joven nieztchano y virgen, que amaba a Jim Morrison". Sin ser invitado, se presenta un día en la casa de Jodorowsky y aunque era difícil encontrar a dos tipos más diferentes, se inicia una extraña amistad. "A partir de entonces lo acompañé a algunas partes y hablabamos o más bien hablaba él..."

Fue la primera persona que me dijo que yo era ja, ja, 'un típico intelectual chileno', crítica que a mis oídos de 17 años sonó a elogio desmedido".

Pero una tarde la relación se rompió, cuando el cineasta y escritor "atacó a Neruda y defendió a Parra y yo defendí a Neruda y de paso -sin haberlo leído- atacué a Parra". Fue una pelea absurda. "El caso es que me puse a llorar y el cabrón de Jodorowsky siguió atacándome. Por supuesto no volví nunca más". Después Bolaño leyó a Parra. Y el resto es historia.

Publicado en: **La Tercera Cultura.**
Septiembre de 2009



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

Escritores representativos de la independencia

En Verso

Luis Antonio de Oviedo y Herrera. 1636 – 1717.
Poeta que fue Gobernador de la Villa Imperial de Potosí, nació en Madrid el 14 de octubre de 1636. Después de haber estudiado en Salamanca, se alistó en los tercios flamencos y militó a las órdenes del Segundo Juan de Austria, en las provincias al norte de Francia, y en las de Flandes, que aún quedaban fieles al Rey de España. Terminada la guerra de 1658, donde el ejército español fue completamente desbaratado por los franceses, al mando de Turenna, luego de la paz de los Pirineos, Oviedo regresó a Madrid y allí como regidor perpetuo de Salamanca, título que heredó de su padre (Antonio de Oviedo y Herrera, caballero de la Orden de Santiago, Procurador a Cortes por la ciudad de Salamanca, de cuyo cabildo también era regidor), representó a aquella ciudad como su procurador a Cortés, carácter con que concurrió a la jura y proclamación del Rey Carlos II.

Luis Antonio de Oviedo, nombrado por ese monarca Gobernador de Potosí, en el Alto Perú, se trasladó a América para posesionarse de ese su empleo el 28 de marzo de 1668. Se le confirió, además, los títulos de Corregidor, Justicia Mayor y Teniente General de dicha Villa y de la Ciudad de Charcas, desempeñando sus empleos a satisfacción de los Virreyes. Tanto en lo referente a la administración del Cerro Rico y de la Casa de la Moneda, el trabajo del Corregidor Luis de Oviedo fue ponderado, por referencias que tenemos del Conde de Castellar, en la memoria a su sucesor, en 1678. A pesar de ello, Oviedo fue privado de su empleo y se le embargaron todos sus bienes, con el pretexto de no haber cumplido con una real provisión; pero, por cédula del 21 de enero de 1672, se revocó todo lo obrado, resolviéndose a favor de su causa. En 1684 se concluyó con la residencia que se dio a su cargo, en Potosí, pasando a Lima; en octubre de 1701 fue nombrado Corregidor de Huanuco, cargo que ejerció hasta 1705, con el mismo empeño y probidad que el de Potosí. En 1690 se le había concedido el título de Castilla de Conde de la Granja, atendiendo a sus merecimientos, a los de sus antepasados y a los de su esposa, doña Sinfrosina López de Echaburu, con quien había contraído matrimonio siendo Corregidor en Potosí, en 1674.

Desde temprana edad, don Luis de Oviedo había mostrado sus dotes para la poesía, siendo autor de una comedia titulada **Los sucesos de tres horas**. En varios escritos de esa época se encuentran composiciones suyas, en elogio de los más afamados poetas españoles de la segunda mitad del siglo XVII, y de quienes fue Oviedo admirador y amigo. Donde lució su brillante ingenio fue cuando ya retirado del servicio público, en Lima, se dedicó por completo al cultivo de las letras, asistiendo, junto a Pedro de Peralta Barnuevo y Jerónimo de Monteforte, a la Academia Literaria fomentada por el Virrey Marqués de Castedossius, entre 1709 y 1710.

Su obra, considerada como la principal, trata de un

extenso poema dividido en 12 cantos, y que lleva por título **Santa Rosa de Santa María, natural de Lima y Patrona del Perú**, que fue impresa en Madrid, en 1711. La segunda edición se la realizó en Lima, en 1867. Para mayores datos biográficos de Oviedo, puede consultarse: **Hijos ilustres de Madrid**, de Alvarez y Baena, el **Diccionario de Mellado** y el **Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español** de Barrera y Leirado.

Otra composición poética de este autor es el **Poema Sacro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo**, en romance castellano, y que se divide en siete estaciones, cuya impresión se realizó en Lima, en 1717, póstumamente, dado que su autor falleció en julio de ese año, siendo concluida por su hijo Luis Aniceto. Su otra obra, **La Vida de Santa Rosa**, fue reimpresa en México, en 1729. Consta de 1244 estrofas de cuatro versos asonantes, rimando el primero con el tercero y el segundo con el cuarto, sin contar con la invocación que contiene el siguiente soneto:

*Yo, aquel que en otro tiempo con profano
metro canté, por destemplada vena,
como el cautivo al son de la cadena,
al compás de los yerros de mi mano.*

*Hoy, Dios mío, de aquel verdor ya cano
mi plectro emplearse en nuestro culto ordena,
y si por voz de párvulo disuena,
vos la templáis aun a lo más arcano.*

*Para llevar vuestra Pasión Sagrada
mi espíritu inflamado, que en su memoria
no hay cláusula que no suene a lamento.*

*Y así mi insuficiencia intenta osada
suplir, al descubrir tan triste historia,
con el fervor la falta de talento.*

Con respecto a esta obra, dice el historiador Diego Barrios Arana: **En medio de los vicios de hinchazón, de los pensamientos falsos o sutiles, del propósito de encerrar muchos conceptos en cada verso, de las metáforas continuas y extravagantes, de algunos retruécanos de mal gusto y de los demás defectos en que había incurrido la poesía castellana de esa época, el poema de Oviedo deja ver un ingenio fecundo y fácil.**

Por su parte, José Toribio Medina, manifiesta: **En efecto, cuantos han juzgado este poema convienen en que son notables la descripción de Lima, la del volcán Pichincha y sus erupciones, las de las guerras civiles de los Conquistadores del Perú, las de la correrías de los piratas ingleses Drake, Hawkins, Spilberg, como la resistencia que opusieron los pobladores del Virreinato, sucesos que, si bien son extraños al asunto primordial del poema, contribuyen a darle interés por su importancia histórica.**

Adolfo Cáceres

